

VaRiA

invención

Parábolas

Eduardo Pérez Correa/Facultad de Filosofía y Letras

El leproso, ya con su piel limpia y tersa como de niño, se presentó al viejo sacerdote y le pidió la constancia de salud. Son diez pesos —replicó el sacerdote— y además necesitas una constancia del Centro Nacional de Salud. El administrador de dicho centro exigió treinta pesos por servicios profesionales y le hizo saber que se requería conocer el juicio del especialista, en cuyo consultorio colgaba un letrero donde la consulta se equiparaba a cincuenta pesos. El exleproso se preguntó que qué era preferible, si ser devorado por la lepra o carcomido por sus hermanos.

La última sesión del quinto congreso de sabios consistió en redactar y suscribir una declaración en la que afirmaba que se sabe más de lo que se quiere admitir y que las llamadas lagunas de la ciencia estaban siendo desecadas rápidamente con métodos y técnicas avanzadas, llamadas absorbentes, al punto, continuaba la declaración, que apenas podía hablarse de charcos.

Ese mismo día, Noé subió al arca y empezó el diluvio universal.

Cuando la mujer que había perdido el dracma, encontró a su marido, no quiso celebrar el encuentro con la fiesta ritual, ni notificar a nadie nada, porque sus vecinas podían decir que qué es eso de andar perdiendo todas las cosas, que mejor no le prestasen nada, no fuera que las perdiese. Lo que nunca pudo deducir la pobre mujer es que había extraviado al marido por haber perdido el dracma, fruto de muchos días de trabajo a que él se había sometido con disgusto.

Si ahora se sabe que la historia de la garza y el zorro no es más que el resumen novelesco de la demanda jurídica que ella presentó contra él por el retraso de pago de ciertos honorarios, y que fue escrita por el cuervo en venganza de lo del queso; si la historia del perro y el cocodrilo fue una mera ficción escrita por el mismo perro y el cocodrilo fue una mera ficción escrita

por el mismo perro para dárselas de prudente; si la historia de la tortuga y la liebre fue escrita por el hijo de la tortuga y, al respecto, no hay un crítico literario que lo dude. ¿Quién escribe la historia del hombre?

No —respondió categóricamente el ciego que todavía se dolía del golpe recibido en la caída. De ahora en adelante, no me dejaré conducir por un hombre de mi propia condición. Pero si tú quieres, ahora yo te puedo guiar y verás cómo no caeremos en ninguna fosa.

En estos días de sequía en que el hambre se ha dejado sentir tigramente, el Departamento de Salud Civil se ha alarmado por el rápido aumento de mortalidad infantil. Todo parece indicar que la causa debe buscarse en el número creciente de niños mordidos en la mano por mortíferas serpientes.

Al primer albor, se sentía aún cansado por la caminata del día anterior y se permitió unos minutos más de sueño. Cuando el sol estaba entrando en la segunda mañana, se levantó, almorzó y fue al redil. Movi6 la tranca y empezó a contar las ovejas que salían atropellándose. Había sólo 99 y, como buen pastor, advirtió que era la oveja descarriada la que faltaba. “Me habrán robado —empezó a reflexionar— o se volvió a escapar.” En esto, el estrépito levantado por las ovejas que corrían hacia direcciones disparadas como quien quiere huir, le hizo correr inútilmente en pos de ellas para recuperarlas. Después de unas horas, al regresar solo, triste y desolado de su búsqueda infructuosa, advirtió que ella estaba ahí, durmiendo entre la paja del redil. El pastor la sacó a pacer mientras le decía que iría una y otra vez a buscarla en sus descarríos.

Interrumpiendo a Abraham, el rico Epulón replicó diciendo: “Padre Abraham, perdona mi insistencia y mis palabras atrevidas, pero desde niño se me enseñó que el Hijo del Hombre había dicho que siempre habría pobres en la tierra y yo contribuí a ello.” Abraham le respondió: “en verdad te digo que sí es inevitable la pobreza humana, ¡ay de aquel por quien su hermano se vuelve pobre! Más le valiera escupir en el templo sagrado porque el hombre es carne viva de Dios”. “Eso no está escrito en el libro de la vida.” Interrumpió Epulón. Abraham se retiró diciéndole que tampoco estaba escrito que Lázaro tenía que ser el pobre y Epulón el rico.

Terminada la pesca milagrosa, Pedro se le acercó y desnudó su pensamiento así: Señor, nuestras redes han atrapado cinco toneladas de excelente pescado. Si lo vendemos a cinco pesos el kilo podremos obtener una ganancia neta de veinticinco mil pesos. Mañana repetiremos una y otra vez la misma operación y en un mes iremos a Tiro a comprar barcos que surquen todo mar conocido. Creo que al cabo de un año, habremos levantado la compañía pesquera más grande del mundo. Judas, atento a las palabras de Pedro, terció diciendo que, en ese caso, la bolsa de los pobres crecería considerablemente. Entonces Pedro se calló un instante y desvió la conversación hacia lo peligroso del mar.

—¿Y qué te dijeron?

—Que había nacido del pecado, que por eso mi madre me había hecho ciego.

—¿Y qué les contestaste?

—Que nunca se había oído decir que los ciegos de nacimiento hayan recobrado la vista y que usted sí lo había hecho conmigo y que por eso usted era una gente especial.

—¿Y después?

—Pues ya lo ve usted me vine para acá, porque me corrieron del Templo.

—¿Y qué piensas hacer ahora?

—Pues usted dirá, pero ahora voy a ponerme a estudiar recio las leyes, para hacer que todo el mundo las cumpla, y el que no, pues meterlo a la cárcel. Así no nacerán los hijos ciegos.

Había terminado de revisar por enésima vez su libro, lo miró con ternura, lo acarició, creyó que le venía bien el título de Obras completas de mis mejores escritos, lo volvió a leer, pulió una o dos expresiones que le parecieron poco afortunadas, sacó copias y las envió a varias casas editoriales. A los cuarenta y cinco días recibió sus copias junto con unas notas explicatorias en las que se decía que la mala época, que se veían precisados, que la calidad de sus antiguas ediciones, que el renombre, que por todo eso y por otras razones, que no. Así fue como se quemaron las Obras completas de mis mejores escritos, de un autor en cuyo sepelio, el celebrado maestro de crítica literaria me confesó que si el occiso hubiese escrito algo, hubiéramos tenido al mejor escritor de la época.

Los eunucos musculosos que lo ayudaban a vestirse, salieron del baño aterrados y se precipitaron al vestíbulo, lleno ya de invitados, gritando que acababan de matar al Hijo Pródigo. La policía no pudo explicarse nada, ni la audacia del asesino, ni la perfección de su oficio, pues el dardo envenenado había atravesado el cuello de la víctima, y mucho menos pudo pronunciarse sobre la identidad del victimario. Sin embargo, aunque el padre confusa y espontáneamente rechazó la idea de que su hijo mayor era demasiado celoso de sus privilegios, la servidumbre afirma que se le oyó gritar en sueños que no era posible, que no era posible. . .

En medio de su brillante exposición, un maestro dijo: “por eso cuando el legislador dice ‘no matarás’, no quiere decir otra cosa que ‘no me mates porque si no, yo te mato’”. En eso su discípulo más brillante se le acercó, le mostró un puñal, se lo enterró súbitamente en el corazón y volviéndose a sus condiscípulos exclamó: “los hechos contradicen sus enseñanzas, pues cómo me puede matar un muerto”. En efecto, continuó mi viejo profesor de historia económica, los hechos son las premisas donde descansa una buena conclusión y los hechos demuestran que nuestros peores enemigos son los vecinos del norte, y nuestra obligación es liberarnos de ellos”.

Después encontré en mis investigaciones efectuadas en El Cairo que el maestro tan violentamente privado de su vida era el rabí más prestigiado en Elefantina, a mediados del S. III a. C., y que el audaz discípulo fue condenado por las autoridades a morir quemado, junto con su familia, en las llamas de su propia casa. Mi profesor seguramente no conoció la versión completa del incidente y quizás por ello fuimos objeto de la cruel represión que todavía recordamos con amargura. De cualquier forma, sus conclusiones se mantienen en pie: El enemigo está en el Norte.

Una vez que la gente se dispersaba saciada y recogidos ya los trozos de pan restante, se le acercó un hombre bien vestido, acompañado por terratenientes y le preguntó: ¿Qué pretendes hacer con tus acciones populacheras? ¿Sorprender al pueblo ingenuo? ¿No ves que estás desarticulando la economía, que los precios de la harina han bajado súbitamente, que las panaderías van derecho a la quiebra? ¿No te das cuenta que favoreces la vagancia de este pueblo que ya de por sí es perezoso y holgazán?